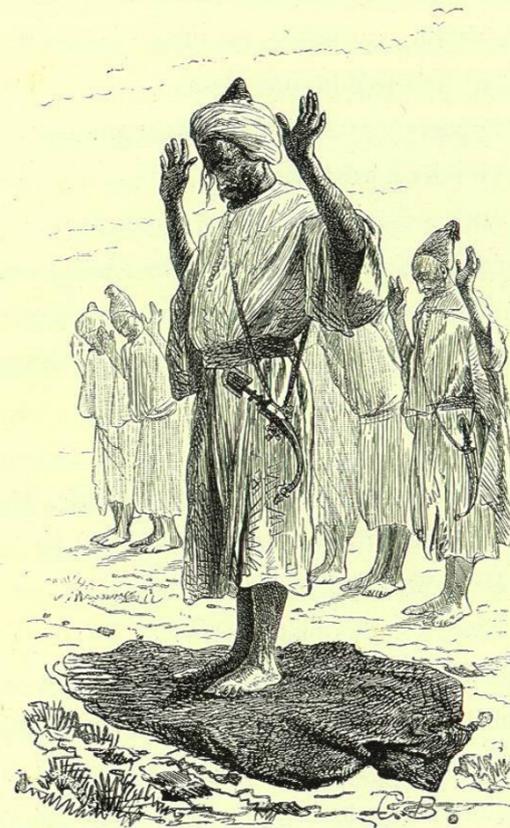


sibles, con el rostro medio oculto por el capuz, parecían la personificación de la soledad y el silencio de la campiña. Metí una mano en la faltriquera, y aquellos diez ojos acompañaron el movimiento de la mano: saqué de aquella un cigarro, y los diez ojos se fijaron en el cigarro: dí algunos pasos hacia adelante; desandé lo andado, bajéme á coger un canto, y aquellos diez ojos no se separaban un punto de mí. Y no eran aquellos solos los que me contemplaban. Paulatinamente fuí descubriendo á otros muchos, que permanecían á mayor distancia, sentados sobre la hierba, en grupos de dos, de tres, todos encapuchados y todos con los ojos fijos en mí. Parecían gentes que hubiesen brotado del suelo de improviso, muertos con los ojos abiertos, sombras más bien que seres reales, destinadas á evaporarse al influjo de los primeros rayos del sol.

Un grito agudo, prolongado y tembloroso que procedía del campamento de la escolta, distrajo mi atención de aquel espectáculo. Habíalo dado un soldado musulmán, anunciando con él á sus compañeros que era llegada la hora de rezar la primera de las cinco oraciones que todo buen musulmán debe dirigir diariamente á Alá. Algunos soldados salieron de las tiendas; extendieron sus capas sobre el suelo, y se arrodillaron con el rostro vuelto hacia Oriente: restregáronse tres veces las manos, los brazos, la cara y los pies con un puñado de arena, y después comenzaron á recitar en voz baja sus plegarias, arrodillándose, levantándose, humillándose hasta aplicar el rostro sobre el suelo, levantando las manos abiertas á la altura de las orejas, y poniéndose en cuclillas sobre los talones. Poco después salió de su tienda el jefe de la escolta, después los siervos, por último los cocineros, y en breves instantes estuvo en pie la mayor parte de la

población del campamento. El sol apenas había apuntado sobre el horizonte y era ya abrasador.

Penetrando de nuevo en la tienda, conocí á buen número



La plegaria matutinal

de personajes sumamente curiosos, de los cuales se me ofrecerá ocasión de hablar frecuentemente.

El primero que ví, fué uno de los dos marineros italianos, el ordenanza del comandante de fragata, siciliano, natural de Porto Empedocles, llamado Ranni, muchacho de veinticinco años, de elevada estatura, fuerza hercúlea, índole

bonísima, siempre grave como un magistrado, y dotado de la singular virtud de no admirarse de cosa alguna, de hallarlo todo natural, como Joe de las *Cinco semanas en globo*, y de maravillarse únicamente de que los demás se maravillaran. Para él Porto Empedocles, Gibraltar, el África, la China, donde había estado, y hasta la luna, si á ella le hubiesen conducido, eran una mismísima cosa.

—¿Qué te parece de esta vida?—preguntóle el comandante mientras le ayudaba á vestirse.

—¿Qué quiere usía que le diga?—contestó.

—Es muy bella. El viaje, el nuevo país, toda esa bulla, esa confusión, ¿no han hecho en tí impresión alguna?

Reflexionó durante un rato y luego contestó ingenuamente:

—Ninguna.

—Pero, hombre, el campamento siquiera, ¿no constituye para tí un espectáculo enteramente nuevo?

—No, señor comandante.

—Pero, díme, ¿lo has visto antes?

—Sí, señor, anoche.

El comandante le mira, y procurando reprimir la cólera, le dijo:

—Y bien, al verlo anoche, ¿qué efecto te produjo?

—Se comprende,—contestó cándidamente el buen marino;—el mismo que me ha causado esta mañana.

El comandante bajó la cabeza con ademán resignado.

Al cabo de un rato entró otro personaje no menos curioso. Era un árabe de Tánger que el vicecónsul había tomado á su servicio para todo el tiempo que durara la expedición. Llamábase Ciua, pero su dueño le llamaba Civo para evitarse las dificultades que ofrecía el pronunciar por su ver-

dadero nombre. Era un muchachón alto y robusto, estúpido cuanto cabe, pero de natural bondadosísimo; un joven ingenuo que se echaba á reir cuando le miraban y al propio tiempo se cubría el rostro con la mano. No llevaba más vestido que una larga y holgada camisa blanca, suelta, que al andar, movida por el viento, ondeaba ridículamente, comunicando al sujeto toda la apariencia de una caricatura de querubín. Sabía un par de docenas de palabras españolas, con las cuales se ingeniaba para hacerse comprender, siempre que se veía precisado á hablar, pero con su dueño expresábase casi siempre por medio de signos. Á primera vista habríansele dado veinticinco años; mas como con los árabes es fácil equivocarse, se lo pregunté.

En primer lugar se cubrió el rostro con una mano, y después de meditar un poco, contestó:

—*Cuando guerra España... año y medio.* Es decir: al verificarse la guerra con España, que tuvo lugar en 1860, contaba un año y medio; por consiguiente tenía diez y siete años.

—¡Vaya un pedazo de hombre!—le dije al vicecónsul.

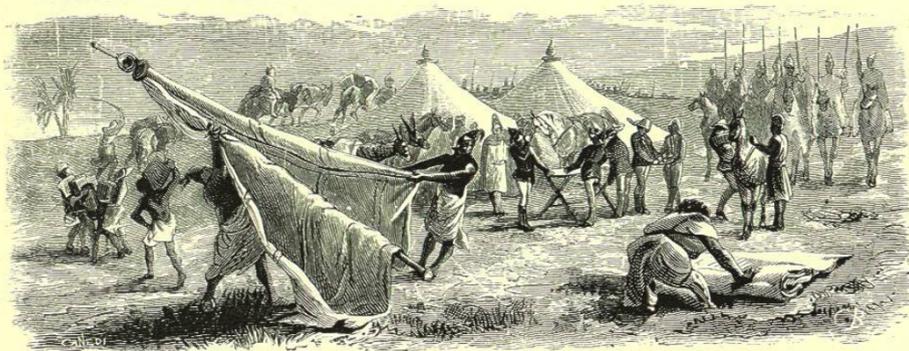
—Inmenso,—contestó.

El tercero fué el cocinero del embajador, que nos trajo el café: un piamontés genuino, cortado de una sola pieza como las pilastras del pórtico de la plaza Castello, caído á Tánger, hacía pocos días desde Turín, que él llamaba *el jardín de Italia*, y que aun no había logrado darse cuenta de lo que pasaba por él. El pobre hombre no hacía más que decir:

—¡Oh qué país este, oh qué país!

Preguntéle si antes de partir de Turín tenía noticia de Marruecos y de las circunstancias de la ciudad de Tánger, y me contestó que le habían dicho:—Mira que Tánger no

es Turín. — Bien, no será como Turín, — pensé, — ¡qué le hemos de hacer! pero en cambio será como Génova, como Alejandría; mas en lugar de esto heme encontrado en una ciudad de aquella laya. *N mes ai sarvaj!*<sup>1</sup>. — Para colmo de males, habíanle dado, para que le auxiliaran en sus menesteres, dos árabes, que no comprendían una palabra de piomontés. *O mi poor' om!* y por fin y remate era indispensable hacer un viaje de dos meses á través de los *desiertos de Egipto*. Dábale el corazón que no volvería de ellos con vida.



Acto de levantar el campamento

— Bien; pero en cambio, — le dije, — cuando regreséis á Turín tendréis algo que contar.

— ¡Ah! — contestó con acento melancólico, saliendo de la tienda: — ¡qué queréis que cuente de un país en el cual por más que se busque, no se encuentran dos malas hojas de ensalada!

Terminado el desayuno, el embajador dió orden de levantar el campamento.

Durante aquella larga operación, en la cual tomaron parte lo menos cien personas, tuve ocasión de observar un rasgo característico de la gente árabe: la pasión irresistible

<sup>1</sup> En medio de salvajes.

del mando. No era menester indicio alguno para reconocer inmediatamente, en medio de aquella muchedumbre y confusión, al capataz de los muleteros, al capataz de los faquines, al capataz de los criados de las tiendas, al jefe de los soldados de la Legación. Todo aquél que estaba investido de autoridad, la hacía sentir, viniese ó no á cuento, con la voz, con las manos, con los ojos, con toda la fuerza del alma y del cuerpo. El que carecía de mando, aprovechaba la circunstancia más insignificante para dar una orden á un igual suyo, haciéndose con ello la ilusión de que era ya algo más que los otros. El más andrajoso de los servidores juzgábase dichoso pudiendo darse aires de mando siquiera por un momento. La operación más sencilla, tal como doblar una cuerda, ó levantar una caja, daba pie á un cambio de gritos tonantes, miradas fulmineas, y ademanes de sultán desdeñado. Hasta Civo, el modestísimo Civo, permitíase el placer de *sultanear*, respecto de dos árabes campesinos que contemplaban con embobados ojos los baúles de su señor.

Á las diez de la mañana, bajo un sol ardiente, comenzó á descender á la llanura la numerosa caravana.

El cónsul de España y sus dos compañeros habían partido al rayar el alba, de suerte que no quedaban con nosotros otras personas, extrañas á la embajada, que el cónsul de América y sus hijos.

Del lugar donde habíamos pasado la noche, llamado en árabe Ain-Dalia, que significa fuente de vino, por las viñas que en él existieron en otros tiempos, debíamos dirigirnos á Had-el-Garbia, situado al otro lado de las montañas que rodean la llanura, término de nuestra segunda etapa.

Durante más de una hora anduvimos sobre un terreno

ligeramente ondulado, en medio de campos de mijo y de cebada, á lo largo de tortuosos senderos, que, al entrecruzarse, formaban un gran número de isletas cubiertas de hierba abundante, matizada de flores. No se veía una sola persona en cuanto abarcaba la vista: sólo después de media hora de camino, encontramos una larga fila de camellos, conducida por dos beduinos, que al cruzarse con nosotros murmuraban el acostumbrado saludo: «La paz sea en vuestro camino.»

Dábanme compasión aquellos pobres siervos árabes que marchaban á nuestro lado á pie, cargados de quitasoles, mantas de viaje, anteojos, álbums y otras mil zarandajas, cuyo nombre y usos ignoraban, obligados á seguir corriendo el rápido andar de nuestras caballerías, sofocados por el polvo, abrasados por el sol, mal comidos, medio desnudos, sujetos á todos, no poseyendo en el mundo más que un pedazo de camisa y un par de zapatillas; venidos á pie de Fez á Tánger, para volver á pie de Tánger á Fez, y después, ¡quién sabe! acompañar acaso alguna nueva caravana de Fez á Marruecos, pasando así la vida entera, sin más compensación que no morir de hambre, y poder descansar los huesos bajo una tienda. Contemplándolos, acordábame de «la pirámide de la existencia» de Goethe.

Veíase entre ellos á un muchacho, mulato, de trece á catorce años, hermoso y de arrogante figura, que no apartaba sus bellos ojos, en los cuales se leían no pocos pensamientos, ora de mi persona, ora de las demás que constituían la embajada. Era un expósito, fruto sabe Dios de qué extraños amores, que con la embajada italiana empezaba la fatigosa carrera de la vida, en la cual debería perseverar mientras tuviera fuerzas

para ello, es decir, hasta tanto que no llegara la hora de su muerte. Otro, un anciano que sólo tenía huesos y pellejo, corría con la cabeza baja, los ojos cerrados, apretados los puños y con la desesperada resignación de un condenado.

Otros hablaban y reían jadeando. Ví á uno que apretó el paso, y después de haberse adelantado á todos, desapareció: al cabo de diez minutos le encontramos sentado á la sombra de una chumbera. Había corrido media milla para ganar cinco minutos á la caravana, y disfrutar de ellos descansando á la sombra.

Entretanto habíamos llegado al pie de una pequeña eminencia, llamada en árabe montaña Bermeja, por el color del terreno de que está formada, agria, peñascosa y sembrada aún de los restos de un bosque recién talado. En Tánger se nos había hecho ya mención de dicho sitio, como del paso más peligroso del viaje.

— Mula mía, — dije para mis adentros; — te advierto que depende de tí el cumplimiento del contrato que con el editor tengo hecho.

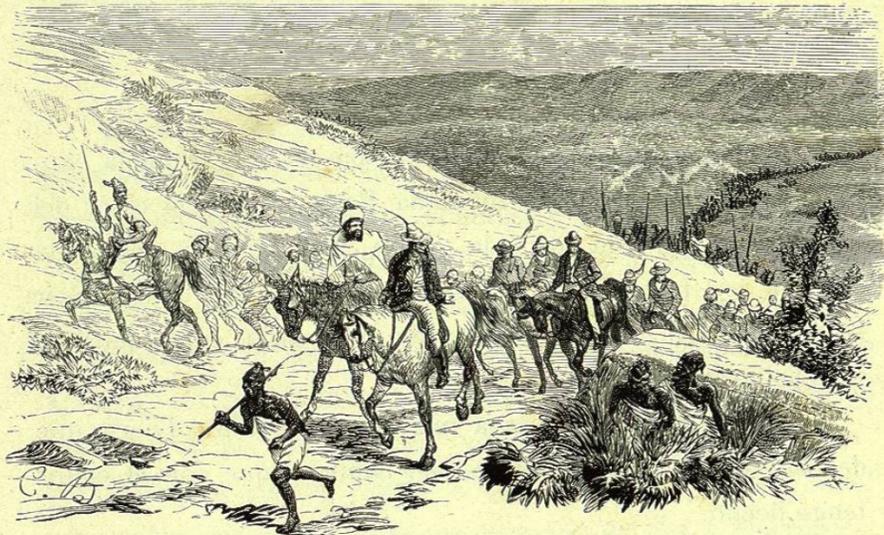
Y le metí las espuelas, dispuesto, sin embargo, y preparado para dar una voltereta.

Los senderos subían serpenteando por en medio de cantos agudos, que no parecía sino que algún mi enemigo personal habíalos dispuesto cual se hallaban, con el piadoso intento de tajarme la espalda á poco que me descuidara: cada vez que la mula daba un paso en falso, sentía escapármese de la mente un capítulo de mi libro futuro: dos veces cayó el pobre animal de rodillas, lanzando el alma mía á los confines de un mundo mejor; pero al cabo logré alcanzar la cima sano y salvo, observando entonces, con no poca sorpresa, que

me había adelantado á los demás compañeros, excepción hecha de los dos pintores, que me habían precedido, movidos por el deseo de contemplar la caravana desde aquel lugar elevado.

Y en verdad que el espectáculo valía bien la pena de hacer aquel esfuerzo.

La caravana desde la mitad de la falda del monte pro-



La caravana vista desde una altura

longábase más de una milla en la llanura. El primer grupo hallábase formado por la gente de la embajada, entre la cual se distinguían perfectamente el empenachado sombrero del embajador, y el turbante blanco de Mohamed Ducali, viéndose á ambos lados y detrás, un enjambre de criados y servidores á pie y á caballo, desparpados pintorescamente entre las peñas y la maleza de la cuesta. En pos de éstos, en parejas, en grupos, en hileras, envueltos en sus capas blancas y azules, y encorvados sobre las sillas color de escarlata, seguían los

jinetes de la escolta, que ofrecían la imagen de una gran cabalgata de máscaras, y finalmente, detrás de la escolta, la fila interminable de mulos y caballos que conducían las tiendas, las cajas, los muebles, los víveres, la cocina, toda la impedimenta en fin, flanqueados de siervos y soldados, los últimos de los cuales aparecían solamente como menudos puntos blancos y encarnados, sobre el verde césped de la campiña.

Es imposible formarse una idea de la animación que comunicaba al valle solitario esa procesión multicolor, armada y brillante. ¡Cuán alegre y regocijado espectáculo ofrecía al observador! Si en aquel instante hubiese gozado la facultad de petrificarla, para contemplarla á mi sabor, no sé si habría podido resistir á la tentación. Al dar la vuelta para continuar mi camino, tuve una nueva sorpresa: el Océano Atlántico extendiéndose azul y tranquilo como un lago á pocas millas de distancia. Sólo surcaba su vasta superficie en todo lo que la vista alcanzaba, un buque que tranquilamente se dirigía en demanda del Estrecho. El comandante miró con el antejo: era un buque italiano. ¡Cuánto habríamos dado para ser vistos y reconocidos.

Desde la montaña Bermeja se descende á otro valle bellísimo, lleno de flores y verdura, que semejaba cubierto de vastas alfombras matizadas de lila, rosa y blanco. Pero ni una sola casa, ni una tienda, ni una persona humana.

El embajador ordenó hacer alto: echamos pie á tierra, nos sentamos á la sombra de un grupo de árboles, y el convoy de bagajes siguió adelante.

Á nuestro alrededor, y á pocos pasos de distancia, permanecían sentados los servidores, teniendo en la mano las